IN NUCE

Una respuesta a todo

No soy un padre

Sebastian Schmitz

Edición en español

Edición en español

Traducción revisada con ayuda de IA a partir del original alemán completo. El original alemán sigue siendo la referencia. Se conservan las ilustraciones originales; la numeración de páginas varía entre ediciones.

© Sebastian Schmitz · ancient-spirit.de

El ser humano no es la corona de la creación, sino el ser que la reconoce como tal.

La historia de un «dictado enfático»

Queridos lectores:

Permítanme unas palabras para presentar el texto que sigue: «No soy un padre». Las palabras, la construcción de las frases y la forma de expresarlas son mías; el contenido de su mensaje, sin embargo, no lo es.

Para explicar lo que quiero decir, necesito remontarme un poco en el tiempo.

Ya de niño rechazaba cualquier religión. Solo asistía a misa cuando me obligaban y, más adelante, para darles una alegría a mis padres. La mañana de mi decimocuarto cumpleaños dejé de asistir a las clases de religión; fui el único alumno de un centro bastante grande que lo hizo. A mi padre casi se le rompió el corazón, pues, naturalmente, la dirección del colegio informó inmediatamente a mis padres. Por amor a ellos, acepté hablar con nuestro párroco. Relatar aquí aquella conversación excedería el propósito de estas líneas, así que me limitaré a decir lo siguiente:

Después de hablar conmigo, el párroco aconsejó a mis padres que me dejaran encontrar mi propio camino.

También decidí no confirmarme. ¡Las religiones y los dioses me daban completamente igual! Hoy, al mirar

atrás, comprendo que no quería creer, sino experimentar por mí mismo.

Al terminar mis estudios, me formé en comercio minorista y me gané la vida como vendedor en distintos sectores.

Incluso durante mi aprendizaje, me divertía vender a completos desconocidos cualquier «porquería» que ni necesitaban ni querían. Prácticamente todas las personas con las que trataba como vendedor acababan siendo clientes míos. Me creía el manipulador definitivo, capaz de venderle una nevera a un inuit y una cama de bronceado a una persona negra.

No tenía escrúpulos: quien entra en un concesionario de coches no busca una institución benéfica. También el león devora a quienes entran en su guarida. Sí, yo era uno de esos tipos con los que más vale no encontrarse en una tienda.

Pero también había otra faceta en mí. Una y otra vez se cruzaban en mi camino personas que sufrían emocionalmente o atravesaban situaciones desesperadamente complicadas. Siempre las ayudaba, muchas veces sin darme plena cuenta.

Con el tiempo, también advertí que los recursos necesarios aparecían siempre en el momento oportuno: dinero, experiencia, conocimientos, palabras, contactos o cualquier otra cosa que hiciera posible ayudar.

Por un lado estaba el vendedor despiadado, capaz de convencer a cualquiera de comprar cualquier cosa; por

otro, alguien incapaz de mirar hacia otro lado cuando el sufrimiento ajeno se presentaba ante sus ojos.

Además, me iba muy bien económicamente: a los veinticinco años ya conducía un BMW 750 iL. Pero no conseguía conservar aquella prosperidad. El dinero se me escapaba entre los dedos tan deprisa como lo ganaba.

Pasaron los años, y mi tarta de cumpleaños llegó a tener treinta velas. Una tarde me encontré sentado bajo un árbol, en un claro del bosque, junto a mi coche ostentoso, preguntándome qué sentido tenía todo aquello.

Y entonces ocurrió: recibí una «respuesta». No me malinterpreten: nunca oigo «voces» en mi cabeza. Se trata más bien de una forma de lenguaje o expresión basada en emociones e imágenes, en sentimientos y metáforas. Me preguntaba por qué era tan «buen» servidor de Mammon, del dinero, y aun así me importaban los demás cuando hacía falta. ¿Por qué me encontraba una y otra vez con personas necesitadas? ¿Por qué no podía simplemente desentenderme? La respuesta fue, en esencia, esta:

«Esa capacidad de mirar en el alma de las personas y reconocer lo que más necesitan, lo que de verdad las atormenta, la has recibido de mí».

Desde aquel día dejé de querer venderle nada a nadie. Comprendí que no era ningún supervendedor: hoy considero profundamente inmoral aquella forma de vender.

Debo reconocer que aquella experiencia espiritual fue tan intensa que durante un breve tiempo me desestabilizó.

Sentía una vergüenza inmensa por algunas de las cosas que había hecho, y mi primer pensamiento fue: tengo que hacerme sacerdote. Sin embargo, una breve búsqueda en Google me hizo replantearme ese deseo: siete años de formación sin ingresos, todo lo que aquello implicaba y, además, mi actitud general hacia las religiones. ¿Qué debía hacer, si solo sabía vender cosas a la gente? Así lo pregunté. «Si no quieres ser sacerdote, abre un bar». «¿Que haga qué?». «Sí: un hostelero comprometido también es siempre un buen psicoterapeuta».

Lo comprendí.

Durante los siete años siguientes regenté dos bares. Las experiencias humanas que viví en ese tiempo darían para llenar libros.

Lo di TODO, física y emocionalmente. Poco antes de derrumbarme por completo, quedé «liberado» al arruinarme. Seguí sin interesarme por las religiones hasta que nació este texto.

Hoy disfruto compartiendo mis conocimientos como consultor de empresas. Ya se imaginarán por qué me llaman: porque el negocio no termina de funcionar. Pero, cuando me marcho, son las personas quienes han encontrado nuevos caminos.

Y entonces llegó el día en que mi padre se sometió a una operación de corazón.

Me debatía conmigo mismo. ¿Debía decir algo? «Pide una segunda opinión». La noche anterior no dormí. Dos o tres veces me imaginé subiendo al coche para ir al hospital y

decirle: «No lo hagas, por favor, no lo hagas». Pero no hice nada de eso, porque sentía y confiaba en que, por desgracia, las cosas tenían que ser así.

Mi padre tardó muchísimo en recuperarse de aquella operación. Pasó casi un año y, cada vez que mejoraba un poco y había motivos para tener esperanza, sufría una recaída grave.

En la Navidad de 2013, a las seis de la tarde de Nochebuena, le sostenía la mano en el hospital, esperando una vez más su muerte inminente, como habían anunciado los médicos. En aquel tiempo experimenté un dolor emocional de una intensidad que jamás había imaginado que una persona pudiera sentir y soportar. ¿Cómo debía de estar viviéndolo mi padre? ¡Él era quien realmente lo sufría!

Una noche estaba tumbado en el sofá, pensando en mi padre, que luchaba por su vida en cuidados intensivos. Con amargura pregunté; no, EXIGÍ:

«Dime la verdad de toda existencia en un lenguaje que pueda comprender. Sin filosofía, sin sermones morales, sin palabras floridas ni consuelo: ¡solo la verdad desnuda!».

Así nació, en una sola noche, este texto: «No soy un padre».

Podrían decir que surgió de una situación de angustia emocional: una confusión de sinapsis que sirvió como válvula de escape para estabilizar mi ánimo. Consideré seriamente esa posibilidad. Por eso busqué en internet ideas o afirmaciones comparables.

Encontré coincidencias en TODAS las religiones. Por ejemplo: «Ego sum, qui sum»; YHWH puede traducirse como «Soy el que soy». O «Si vis amari, ama!»: «Si quieres ser amado, ¡ama!». A ello se refieren casi todas las afirmaciones de Jesús y de Buda. Yo no hablo latín en absoluto y desconocía esa relación.

Incluso el relato de la creación, que naturalmente conocía desde niño y que más tarde leí, tiene hoy para mí un significado muy distinto. El conocimiento nos «expulsó» del Paraíso, pero nuestra gran recompensa es la libertad. En ella cometemos errores, pero aprendemos al comprenderlos.

No por casualidad se llaman los Diez Mandamientos y no las Diez Prohibiciones. «No matarás». Pero, si lo haces, vive con las consecuencias. Dios no te lo ha impedido: si lo hubiera hecho, no podrías hacerlo.

De niño tampoco comprendía al «Jesús histórico». ¿A qué venía todo aquel discurso sobre un amor tan empalagoso? Hoy lo entiendo: no puedo pedir perdón personalmente a todas las personas a las que hice daño, pero en cualquier momento puedo perdonar a otros por cuanto me hayan hecho.

Si todas las personas de la Tierra actuaran así, se rompería el ciclo interminable de culpa y represalia: «Si matas a mi hermano, te arrebataré al tuyo». ¡Solo así podrán los seres humanos llegar a ser verdaderamente libres!

Pero, para hacerlo de verdad, para «bendecir» todo lo que fue y todo lo que existe dentro y alrededor de uno, cada

cual debe primero reconocerlo y comprenderlo en su esencia. ¡El amor verdadero deja ir y no conoce el deseo de poseer! Como humanidad, aún nos queda un largo camino. Aunque, como sabemos, incluso el recorrido más largo comenzó con un pequeño primer paso.

¿Qué hago ahora con este texto? Ante todo, dije: ¡GRACIAS! Pero, como ya se indica en el prólogo, «este texto no está destinado a la humanidad, sino solo a ti…». Hoy sé que cada persona tiene derecho a sus propias experiencias, sean cuales sean y se sientan como se sientan.

Dicho de otro modo: solo quien experimenta por sí mismo, en lugar de buscar fuera, cree en lo que encuentra al final.

No se nos «mide» por nuestros actos, sino por los motivos que los impulsan.

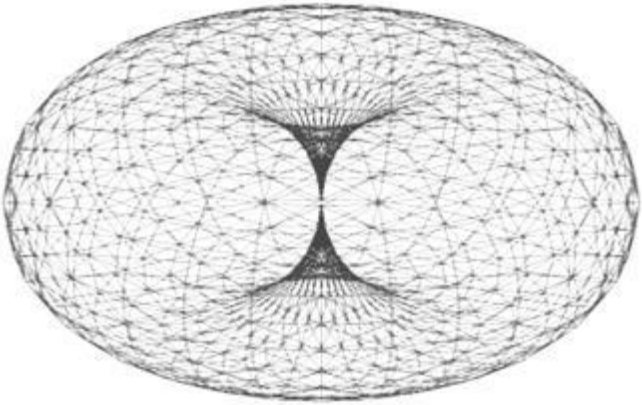
No ayudo porque eso me proporcione satisfacción personal, sino sencillamente porque puedo. Por eso transmito el texto tal como lo recibí: como un regalo para quien quiera y pueda aceptarlo.

Si al leer las líneas que siguen sienten que no es así, que todo tiene que ser completamente distinto, dejen el texto a un lado y no se preocupen más por él. No pretendo convencer a nadie de nada. ¡Que cada persona viva sus propias experiencias y se descubra a sí misma!

Un cordial saludo, Sebastian Schmitz

«Contemplar mi creación me causa un dolor infinito y una alegría de la misma magnitud».

No soy un padre



- Ego sum, qui sum. -

Prólogo

Desde el principio, los seres humanos miran las estrellas y se plantean una pregunta que lo abarca todo: «¿Qué soy, dónde está el origen de toda existencia y por qué es tan amargo mi mundo?».

En cada época han creído en lo sobrenatural y, conforme al espíritu de su tiempo, han concebido distintas formas de pensamiento para explicar lo que su intelecto no alcanza a comprender.

Se han ideado innumerables religiones que después cayeron en la irrelevancia. Conviene decirlo desde el principio: ninguna de las religiones que han existido, se practican hoy o están surgiendo proclama la verdad. Ofrecen una visión mitológica de lo inexplicable. Y, sin embargo, todas tienen su razón de ser: nacen y desaparecen dentro del espíritu de su época y de los límites de lo comprensible.

Los seres humanos han tenido mucho tiempo para llegar hasta aquí. Nunca, en ningún momento, he intervenido activamente en su desarrollo por un deseo propio.

Hay algo por encima de todo: el libre albedrío del espíritu. Es una condición indispensable para comprender de verdad:

Para saber quién eres, primero debes experimentar lo que no eres.

Entiende también así el texto que sigue. Su significado solo será aquello que tú quieras leer en él. Decide por ti mismo sobre su sentido y su verdad. Que se haga tu voluntad, no la mía. Estas palabras tampoco se dirigen a la humanidad, sino solo a ti, porque preguntaste y quieres comprender por qué el mundo contiene tanta crueldad y tanto amor al mismo tiempo.

La verdad es tan sencilla que no harían falta palabras como estas. Pero tu intelecto tiene sed de grandes enigmas y no busca respuestas en lo que resulta evidente y coherente.

¿Para qué seguir un camino recto y directo, si los senderos sinuosos te ofrecen infinitas posibilidades de descubrimiento y experiencia? Solo quien se reconoce y comprende verdaderamente a sí mismo encuentra lo que busca.

«Nadie llega al Padre sino por mí», proclamó una vez un hombre al que hoy llamas Jesús.

Tenía razón, porque esto significa: «Nadie llega a ser como yo si no actúa, siente y piensa como yo».

Él comprendió: ¡no soy un padre y vosotros no sois mis hijos!

La naturaleza de la vida

Todo lo que existe sigue su naturaleza intrínseca. A menudo se confunde esta con una finalidad, pero aquí se trata de una cualidad fundamental sin intención.

Tomemos el sol como ejemplo.

En su superficie y en su interior se producen constantemente complejos procesos químicos y físicos. Puedes sentir y experimentar sus efectos cada día. Es una condición fundamental para tu existencia, para toda vida. Y, sin embargo, al propio sol todo eso le es indiferente. Al margen de la existencia y de la vida, sigue sencillamente

su naturaleza, sin una intención concreta. Si ahora todo depende de él, es porque lo nuevo se ha adaptado a su naturaleza. El sol ya estaba allí.

Quizá no puedas imaginar vida sin sol. Yo te digo: es porque no la conoces. En las zonas más profundas de tus océanos, por ejemplo, existe vida que jamás ha visto la luz.

En la mitología, el sol es una de las primeras imágenes de lo divino. De hecho, muchas religiones tienen su origen en el culto solar. Al tomar conciencia de la importancia vital de su existencia, las personas veneraron y adoraron al sol como una divinidad visible en el cielo.

Pero ¿de qué sirve rogarle en un frío día de invierno: «Brilla más y caliéntame; me estoy muriendo de frío»? ¿O pedirle, al atravesar el desierto: «Menos calor; me muero de sed»? No ocurrirá nada. No puede actuar de otra manera: sigue su naturaleza. No sabe nada de tu sufrimiento, ni siquiera de tu existencia o de la Tierra, y todo ello le es completamente indiferente.

Ahora imagina un árbol robusto en medio de un bosque. También tiene una naturaleza propia y la seguirá incondicionalmente. Sin el mundo vegetal no podrías existir, pues produce el oxígeno y los alimentos que necesitas. Pero al árbol, al bosque y al conjunto de la vida vegetal todo eso les es indiferente. Te sirves de ellos por una sola razón: existen y surgieron antes que tú.

Lo mismo sucede con los virus, las bacterias, los insectos y los animales. Todos siguen su naturaleza. Yersinia pestis mata a una persona en pocos días, aunque esa no sea su

intención: al final también perece en el cadáver de su huésped. Actúa conforme a su naturaleza.

Es un necio quien pretende acariciar a un león salvaje y después se queja de que lo devore.

La naturaleza de todas las cosas y el orden en que han surgido dependen entre sí en una relación cronológica. Sin embargo, consideradas individualmente, no tienen un destino concreto asignado.

Carecer de intención significa no conocer la culpa. Cuando un tsunami devasta regiones costeras densamente pobladas y mata a cientos de miles de personas, sucede porque el planeta Tierra sigue su naturaleza. Esas innumerables personas mueren por una sola razón: estaban allí.

Comprender la naturaleza de las cosas y su dependencia cronológica es tan importante porque solo esa comprensión permite entender mi naturaleza. Cuando se producen grandes catástrofes naturales, pandemias, hambrunas, sufrimiento y miseria, a menudo se me atribuye la culpa. «El castigo de Dios ha caído sobre nosotros»: lo oigo desde el comienzo de los tiempos. Pero, en realidad, cuanto sucede tiene su fundamento en la naturaleza de las cosas.

En esencia, la naturaleza intrínseca significa vida libre, sin un propósito o destino concreto. Te equivocas si crees que el sol es una estrella muerta en la que solo se producen procesos físicos y químicos. Todo cuanto puedas percibir con tus sentidos, de cualquier modo, ya es «vida».

Todo lo nuevo se sirve siempre de lo que ya existe: una secuencia cronológica infinita de posibilidades que ofrece una naturaleza ya existente.

El pájaro se come al gusano únicamente porque está ahí.

Mi naturaleza

Si tener una naturaleza significa vida y yo la tengo, ¿estoy vivo? ¡Sí! Soy la vida misma, absolutamente real e increada, como el universo, que no conoce principio ni fin.

Mi naturaleza puede describirse con una palabra: amor. Sin embargo, a lo largo de la historia esa palabra se ha rodeado de profundos malentendidos. Por eso, sustituye en tu pensamiento «amor divino» por comprensión absoluta, y «amor humano» por deseo.

Mariposas en el estómago, anhelo, emociones intensas, enamoramiento. Pero, en cuanto crees haber encontrado la felicidad, temes perderla. Los celos, la dependencia, las disputas y la pérdida pueden ser la consecuencia. Como ves, no es eso lo que entiendo por amor.

Soy absolutamente real y mi naturaleza es el amor sin condiciones: un amor que se fundamenta en la comprensión de todo a través de la experiencia propia.

Desde esa perspectiva, soy todo lo que existe.

La experiencia es necesaria para comprender. Yo ya lo he experimentado todo y, por eso, soy todo lo que es: la vida misma.

Has leído que es inútil pedirle a un ser que cambie su naturaleza en tu beneficio. El sol sigue siendo lo que es, por mucho que lo veneres y le supliques. Entonces, ¿tiene sentido rezarme? Mi respuesta sincera es sí y no. No es lo mismo hablarme «en el amor» que «por amor».

No me malinterpretes: nunca juzgo una petición. Actuar POR amor suele encerrar un motivo personal que no se ha comprendido, mientras que actuar EN el amor siempre se basa en la comprensión.

Si tienes frío, no haré que el sol te caliente más, porque eso contradiría su naturaleza. Si actuara según tu deseo, las consecuencias serían devastadoras. Todo cuanto surgió después del sol sigue su propia naturaleza en relación con él. Se alteraría esa interdependencia cronológica y la vida en la Tierra correría peligro inmediatamente. Al final, aquel breve regalo de calor no te serviría de nada.

No te preocupes: tengo una naturaleza propia, pero soy espíritu.

Para complacerte, puedes pedirme que el sol te caliente más, y no ocurrirá nada. En el amor, en cambio, podrías pedirme no morir de frío. Entonces podré llamar tu atención sobre la cafetería bien caldeada que hay enfrente, en diagonal, y que no habías visto de tanto tiritar.

Si hubieras comprendido, te habrías abrigado y esa necesidad no habría llegado a surgir.

Por eso es inútil invocarme cuando persigues un motivo contrario a la naturaleza de otro ser. Todo lo que surge lo hace siempre a partir de lo que ya existe.

Tu existencia no depende de mí. No tienes que darme las gracias.

Pero comprenderme plenamente y entender la naturaleza de todas las cosas encierra el mayor regalo que puedes hacerte. Más adelante volveremos a ello.

La naturaleza del ser humano

Como ser humano, te encuentras casi al final de una larguísima secuencia cronológica de creación. Podría decirse que tuvieron que suceder muchísimas cosas para que llegaras a existir. Medido en tiempo terrestre, durante más de veinte mil millones de años surgió en tu galaxia un ser tras otro, cada uno a partir de lo que lo precedía.

Aunque fue un proceso inmenso, ese nacer y desaparecer no supuso esfuerzo ni penalidad. La vida surge siempre en el amor, de sí misma.

En esencia, tu naturaleza se parece a la de todo lo que existe. ¿Sin una finalidad o intención concreta? ¡En tu caso, no! En los libros puedes leer que «Dios creó al ser humano a su imagen». Es cierto, pero se refiere a mi espíritu. Tienes una naturaleza propia, pero eres espíritu: en eso nos parecemos. La única diferencia está en el alcance de nuestra comprensión.

Imagina esta escena:

Vives en un prado siempre verde, rodeado de plantas y animales mansos que te alimentan. Fluye agua limpia en abundancia ilimitada. Para sobrevivir solo tienes que alargar la mano y tomar lo que te sustenta. Estás en el jardín del Edén. Ahora pregúntate: ¿en qué te convertirías en ese lugar, sin ningún desafío? Con el tiempo, ¡en una persona profundamente aburrida!

Tu naturaleza consiste en vivir, pero tu espíritu tiene sed de experiencias y tu intelecto, de conocimiento y comprensión.

Un día, frustrado, abandonarías tu lugar conocido y viajarías más allá del horizonte, solo para descubrir que cada sitio nuevo es igual a lo que siempre conociste. Pasarías décadas recorriendo el jardín hasta comprender:

Un entorno absolutamente perfecto, dispuesto únicamente para tu existencia, te priva de toda decisión con sentido. Y una elección sin sentido no aporta nuevas experiencias ni comprensión.

Reconoces que explorar tu propia naturaleza, experimentar toda la diversidad de la vida con el espíritu despierto y crear cosas nuevas conforme a tu naturaleza requiere algo más que perfección.

La conciencia de ti mismo marcó el comienzo de tu ser.

Eras como el UNO que lo es TODO y, por eso, no sabe QUÉ es: como el mar que no conoce cada gota, o la luz que no conoce la oscuridad.

Lo digo tanto en un sentido espiritual como terrenal. El día en que naciste, nada tenía aún para ti significado ni nombre.

Para experimentarte a ti mismo, necesitas distinguir las naturalezas individuales dentro del conjunto de la existencia. Dicho de otro modo: experimentas tu propia limitación como un enriquecimiento dentro de la materia, tu realidad.

¿Es perfecto el mundo, con la interacción de elementos, estrellas y planetas? Sin duda has leído que Dios es omnisciente y omnipotente. Entonces, un mundo creado por mí debería encarnar la medida misma de la perfección.

Si fuera perfecto, ni siquiera conocerías esa palabra, y mucho menos su significado.

El caos es el comienzo de toda existencia. Nada de lo que ha surgido es perfecto: siempre está adaptado de la mejor manera posible.

¿Recuerdas la interdependencia cronológica de todos los seres? Todo lo nuevo se sirve de lo que ya existe. Tú también eres una adaptación óptima dentro de una larguísima sucesión de seres.

¿Has caminado alguna vez por un bosque virgen? En todas partes, en todas las direcciones, las cosas nacen y desaparecen. Ningún camino, ángulo o círculo interrumpe la armonía de ese caos. Te sientes libre y respiras profundamente. Así que deja de regañar a los niños por desordenarlo todo: siguen su naturaleza.

Entonces, ¿qué es la «naturaleza humana»?

Primero te reconoces a través de tu cuerpo. Como puedes imaginar, está adaptado de forma óptima a la realidad que te rodea. Sus sentidos te permiten orientarte en el espacio. Un físico lo llamaría una máquina térmica; los alimentos son su combustible.

Después está tu intelecto. Investiga constantemente tu ser y todo lo que existe dentro, contigo y a tu alrededor. Nada le plantea un desafío mayor que un enigma que aún no comprende.

Lo que menos percibes es tu espíritu, al que también puedes llamar alma. Tiene sed de experiencias, y solo de experiencias. No le importa si tú las calificas de buenas o malas: lo que cuenta es su intensidad.

Tu espíritu no juzga: se experimenta a sí mismo.

Al nacer ya eras un ser: cuerpo, intelecto y espíritu juntos. Cada experiencia nueva modificó tu percepción. Cada comprensión desarrolló tu intelecto. La suma de ambas amplía continuamente tu conciencia de cómo TODO está relacionado. Así reconoces el núcleo de la existencia.

El fuego te calienta, pero, si ignoras su naturaleza, quemará tu casa.

Para vivir necesitas respirar, comer, beber, dormir, ir al baño y desplazarte, igual que todas las demás personas de la Tierra. Pero cómo lo haces y qué sientes al hacerlo depende enteramente de ti.

En tu naturaleza, en cada instante nuevo, eres la suma de todo lo que has experimentado y de cómo lo has comprendido.

Así pues, tu «naturaleza humana» es:

Lo que eres ahora, en este instante y en cada instante nuevo, contemplado a través del conjunto de tu desarrollo.

La naturaleza del colectivo

El colectivo es la esencia primordial de toda existencia.

Al contemplar una galaxia, ves una abundancia casi incontable de cuerpos celestes. Está siempre en movimiento. Todo en ella interactúa constantemente y depende de todo lo demás. Como sabes, lo nuevo surge de lo que ya existe.

Compárala ahora con una mosca. ¿Cuánto tiene de colectivo? Como cuerpo, es un ser al que das un nombre. Tiene ojos, alas, patas y demás. Solo la interacción de todos esos detalles hace de ella lo que es.

Ahora piensa a una escala mucho menor.

En términos materiales, ¿cuál es el colectivo del que surgió? ¿En qué se diferencia de la galaxia?

Únicamente en la disposición de los componentes más pequeños de lo que conoces como materia. Son todo en sí mismos, el origen de cualquier ser. Siempre forman un colectivo: un ser con naturaleza propia.

Así, todo lo que existe está formado por todo lo demás, en una interdependencia e interacción constantes.

Visto así, yo no estoy contigo: tú estás en mí y estás hecho de mí.

La naturaleza del colectivo: la humanidad

Llegamos a la pregunta que más te afecta: por qué tu mundo es como lo conoces.

Recuerda: tengo una naturaleza propia, pero soy espíritu. En eso somos iguales.

Imagina una Tierra sin seres humanos. ¿Qué aspecto tendría? No debería costarte: en la historia del mundo, los humanos llegaron ayer. Sabes por las clases de geografía cómo era el mundo antes de vosotros.

Mi naturaleza es el amor incondicional. En ese amor creé todo lo que existe, dejando que surgiera de sí mismo.

La única diferencia entre tú y yo es el grado de comprensión de TODO. En ese sentido te creé en el amor: completamente desnudo, libre de cuanto ahora hay en ti, para que pudieras dar forma a lo que te rodea y vivirlo, y así llegar a comprender mediante la experiencia lo que realmente eres.

Para aclararte por qué tu mundo es como es, distingamos entre tu creación y la mía. También como creadores somos iguales. Sin embargo, yo siempre creo en el amor, mientras que tú casi siempre creas por amor.

No lo entiendas como un reproche, sino como una condición que te permite experimentarte a ti mismo.

¿A qué me refiero? Quiero explicarlo mediante la naturaleza de algo que ha influido en ti y en tu mundo más profundamente que casi cualquier otra cosa: el dinero.

Primero, ¿cómo nació esa creación tuya, el dinero?

Cuando las personas dejaron de recorrer los continentes porque la caza y la recolección les parecían demasiado trabajosas, se asentaron, construyeron viviendas estables y cultivaron la tierra.

Pronto advirtieron que los campos producían más de lo que podían comer. Nadie quería vivir para siempre únicamente de su propio pan y sus frutas, así que comenzaron a intercambiar lo que tenían por las cosas que deseaban.

Para poner fin al interminable regateo sobre el valor de las cosas - «¿Cuántos huevos me das por una gallina?» - , necesitaban un valor intermedio fijo e independiente, representado por un objeto que pudiera intercambiarse por cualquier cosa. Así nació el dinero: una nueva naturaleza.

Al principio daba igual que fueran conchas, cuentas de vidrio, oro, monedas o papel. Era una idea excelente: fácil de transportar y de conservar. Quien tenía suficiente ya no necesitaba cultivar personalmente la tierra, sino que podía pagar a alguien para hacerlo.

Y entonces sucedió: el dinero cambió de naturaleza. Lo que solo se había concebido para intercambiar bienes pasó a ser un objeto de deseo por sí mismo. ¿Por qué, si no, alguien trabajaría el campo de otro a cambio de dinero?

Unos pocos comprendieron enseguida esa nueva naturaleza. Al poco tiempo, algunos ya acumulaban dinero hasta el techo.

La mayoría no lo comprendía: solo quería poseerlo. Unos pocos se hicieron inmensamente ricos, y sus casas se convirtieron en fortalezas y después en palacios.

El dinero gobierna el mundo. Quien tiene mucho domina a todos esos otros cuyos nombres nadie conoce. El cazador y viajero, antes libre, se convirtió en siervo de sus señores. ¡Qué caro puede salir el cómodo recurso del dinero!

¿Cuál es hoy su naturaleza esencial?

Visto objetivamente, reúne las características de una droga: es barato de producir y fácil de conseguir. Su uso genera dependencia y hace que quieras cada vez más. En tu mundo has llegado a depender completamente del dinero.

No es una casualidad. Quienes primero comprendieron la nueva naturaleza del dinero lo convirtieron deliberadamente en lo que es.

¿Sabías que hoy todo el dinero existente se basa en la deuda? Cada vez que alguien pide un préstamo, se crea dinero nuevo, únicamente por los intereses y el interés compuesto. Hoy prácticamente se crea a sí mismo, ¡sin ti! Cuanto más hay, más tienes que doblegarte en beneficio de unos pocos. Llegas incluso a vender tu propia naturaleza por dinero.

Primero disfrutas usando las cosas nuevas y, poco después, ellas te dominan. No llevas ropa porque carezcas de pelaje: careces de pelaje porque llevas ropa. Como sabes, todo está en interacción constante con todo lo demás.

Eres el creador de tu mundo; debes dar a la materia la forma que desees. Pero mira ahora tu mundo, a tus semejantes y a los animales de cría. ¿En qué los ha convertido la naturaleza del dinero?

Sal de casa. Por mucho que mires, apenas encontrarás algo que haya surgido en el amor. Vayas donde vayas, todo existe por amor: ¡por amor al dinero!

Ahora sabes por qué tu mundo es tantas veces de una forma que no te gusta.

Todo está conectado con todo y en interacción constante: así te experimentas a ti mismo.

Por eso, la próxima vez que te atormente un trabajo sin sentido al servicio de otros y pienses: «Esto no soy yo. ¿Es esto todo?», tendrás razón y habrás alcanzado una comprensión decisiva.

Has comprendido que, para saber quién eres, primero debes experimentar lo que no eres.

El sentido de tu existencia

Si ahora dices: «No, yo no soy así. No he creado este mundo; el mío sería completamente distinto», te respondo: esa comprensión está en tu espíritu porque tú mismo ya has hecho, experimentado y comprendido todo eso innumerables veces.

Como regla general, considera que todo cuanto reconoces en su esencia con tu conciencia, comprendes con tu intelecto y puedes sentir plenamente en las relaciones

humanas y en TODO tu mundo, ya lo has experimentado innumerables veces. Ignoras constantemente la naturaleza de otros seres. Cada disputa, cada guerra y todo cuanto llamas malo o perverso surge por una sola razón: tu falta de comprensión y sus consecuencias. Al experimentarlo, aprendes a comprender.

El conocimiento por sí solo carece de sentido para ti. Solo una experiencia vivida y comprendida plenamente permite conocer por completo la naturaleza de un ser.

Imagina que un indígena del Amazonas quiere saber qué es la nieve y tú intentas explicárselo.

Puedes emplear mil palabras, describir su textura, su frío y todo cuanto se te ocurra hasta el mínimo detalle. Por mucho que te esfuerces, no llegará siquiera a vislumbrar la naturaleza de la nieve.

Aunque consiguieras nieve y se la pusieras en las manos, seguiría sin comprenderla del todo.

Al final, solo te quedaría enviarlo a las montañas en invierno.

O piensa en un niño pequeño que pregunta a su padre: «¿Qué es un orgasmo?». ¿Te ríes? Los niños son así. Oyó la palabra en el colegio. ¿Qué puede decirle su padre? ¡Tú lo sabes!

En tu realidad vives en la dualidad. Todo tiene su opuesto, y a través de ese contraste defines cada forma de existencia.

¿Cómo conocerías el frío si no conocieras el calor? No hay alturas sin profundidades, arriba sin abajo, alegría sin tristeza, felicidad sin dolor, luz sin oscuridad, bien sin mal.

La amplitud de cada uno depende de tus experiencias. Una persona indígena de África entiende el frío de manera distinta a un inuit del Polo Norte.

También en tu mundo espiritual existe la dualidad. En esencia, puedes sentir de dos maneras: amor y miedo. Cualquier sentimiento imaginable se basa en uno de esos dos lados.

La tristeza se basa en el miedo; la alegría, en el amor. También aquí, la amplitud de lo que puedes sentir a uno y otro lado depende de tu grado de experiencia.

Lo mismo sucede con tus actos. La disputa nace del miedo; la comprensión, del amor. Aferrarse nace del miedo; dejar ir, del amor. Dominar nace del miedo; orientar, del amor. El afán de posesión nace del miedo; compartir, del amor.

Tú sabes qué forma de actuar no tiene por qué convertirse en realidad.

Ahora quiero mostrarte mi perspectiva. Puedes hacerla tuya.

Siempre veo y siento las cosas tal como son, sin dualidad.

Pregúntate: ¿existe de verdad la oscuridad? ¿Es real? Al fin y al cabo, de noche o cuando apagas la luz todo queda oscuro. No: la oscuridad no es real y, por eso, carece de relevancia para mí. Solo es la ausencia de luz. Puedes

medir la luz, pero no la oscuridad. ¿Es real el mal? No: solo representa la ausencia del bien.

¿Es real el frío? A -273,15 °C nada se enfría más: todas las moléculas se han detenido. El calor es vibración, y todo lo que puede medirse por encima de ese cero es calor. La tristeza es la ausencia de alegría.

Todo es siempre exactamente lo que es: su naturaleza intrínseca. Solo la falta de comprensión necesita comparar.

Si quieres avanzar mucho más deprisa en tu camino hacia lo divino, comprende todo, especialmente a las personas y a los animales, tal como es en su propia naturaleza, no como tú quisieras que fuera. Dicho de otro modo: deja de enfadarte, ¡sea con quien sea o por lo que sea! Ahora conoces la causa de tu frustración: tu propia falta de comprensión. En lugar de enfadarte, siente curiosidad y comprende.

Sobre todo, no te compares con los demás. Que alguien posea más o menos que tú, tenga otra religión o creencia, sea heterosexual, gay, lesbiana o cualquier otra cosa; que hable otra lengua o tenga otro color de piel; que sea hermoso o feo, huela bien o mal, sea muy inteligente o tremendamente estúpido: nada de eso debe inquietarte.

Sea como sea la persona que se presente ante ti o se cruce en tu camino, reconoce y comprende su naturaleza, y tú, la tuya.

Por cierto: todos los seres humanos de la Tierra estáis emparentados, literalmente. Todos surgisteis de una

misma célula primordial; sois hermanos y hermanas de la misma sangre.

¿Conoces el dicho «Cada cual cosecha lo que siembra» o la idea de una justicia que restablece el equilibrio? Debería tocarte especialmente el corazón.

Todo daño que causes a otro ser, sea cual sea, deliberadamente o por accidente, directa o indirectamente, al actuar contra su naturaleza, se convertirá también en experiencia propia por sus efectos si no reconoces plenamente sus consecuencias, no las comprendes y no llegas a sentirlas emocionalmente.

No para castigarte, sino para que puedas comprenderlo mediante tu propia experiencia vivida.

No fue una idea mía: desde el principio fue tu deseo expreso y tu voluntad.

Querías conocerlo todo, cada cosa y cada forma de existencia. Aunque contemplarlo muchas veces me duela profundamente, así será: lo prometí, ¡porque te amo!

Si, por ejemplo, insultas y desprecias continuamente a los «vagos desempleados, parásitos y holgazanes», entonces… bueno, ya sabes. No quiero asustarte, sino animarte a mostrar un poco más de sensibilidad.

Podrías decir:

«¿Para qué todo esto? Dice que es todo lo que existe, que lo sabe todo, que todo lo puede y que es omnipotente. Que me dé de una vez su poder divino y yo haré las cosas como me gusten».

Comprendo tu objeción. Pero escucha, y perdona la comparación, porque no quiero ofenderte:

Si te concediera mi poder divino y dejara toda la existencia en tus manos, sería como sentar a un chimpancé al volante de un Lamborghini en una calle peatonal concurrida y enseñarle a girar la llave y meter una marcha.

Créeme: en una fracción minúscula de segundo no solo te destruirías a ti mismo, sino también al universo entero. No deberías tener que vivir las consecuencias de esa experiencia. ¡Te amo demasiado para eso!

Ya lo sospechas, y siempre lo has sospechado. Una sola vida terrenal nunca bastaría para comprender plenamente todos los seres, todo lo que existe. Por eso no tienes solamente esta vida.

Eres un espíritu antiguo en un ser que nace una y otra vez. Así te experimentas a ti mismo, tu existencia, cada ser y todas sus relaciones. De ese modo, cada cual, a su manera y recorriendo ese camino, acaba siendo enteramente como yo.

Ese fue tu deseo. Así te creé, a mi imagen, y esa es la razón de la existencia que elegiste para ti.

¿Sufrir sin haber intervenido?

Has leído que todo lo malo, lo perverso, las guerras y el sufrimiento que se deriva de ellas nacen de no comprender la naturaleza de un ser. Dicho sin rodeos: tú y tus semejantes los producís vosotros mismos.

Pero ¿qué ocurre con el sufrimiento que no parece explicarse inmediatamente por tu propia falta de comprensión? ¿Por qué mueren los niños? ¿Por qué nacen personas con discapacidades en sus extremidades o sus sentidos? ¿Por qué existen la enfermedad y la muerte?

Ante todo, debes distinguir con mucho cuidado entre los distintos casos.

Por ejemplo, el escándalo de la talidomida a comienzos de los años sesenta. El medicamento, conocido como Contergan, también se administró a mujeres embarazadas, con consecuencias devastadoras para sus hijos: nacieron con malformaciones en las extremidades. Aquel sufrimiento se debió a una falta de comprensión. La naturaleza del principio activo entraba en conflicto con la del cuerpo en formación.

Algo parecido puede ocurrir si la madre fuma durante el embarazo, bebe alcohol, consume alimentos inadecuados, come demasiado o demasiado poco, o se somete a un aborto. También el hombre contribuye: la calidad de sus espermatozoides está directamente relacionada con su forma de vida. El ser humano en desarrollo puede quedar tan debilitado que el niño muera posteriormente.

También factores externos, sin intervención directa de la persona, como una exposición intensa a sustancias tóxicas por contaminación ambiental, pueden producir efectos semejantes.

Una proporción muy elevada de enfermedades, y del sufrimiento y la muerte que causan a cualquier edad, surge de ignorar la naturaleza de los seres a medida que

avanzan la industrialización y los cambios en la forma de vida.

En pocas palabras: ¡te estás envenenando cada vez más!

Todo el sufrimiento y la muerte descritos antes los causáis, directa o indirectamente, tú y tus semejantes al ignorar la naturaleza de un ser, casi siempre por falta de comprensión.

En otro tiempo, las personas morían entre terribles sufrimientos por la peste, hasta que comprendieron su causa y pudieron curarla. Algún día ocurrirá lo mismo con todas las enfermedades.

Con razón te preguntas por qué existe Yersinia pestis. Sencillamente, porque todo lo que existe tiene su razón de ser: una función específica derivada de la interdependencia cronológica. Una abeja puede picarte, pero sin abejas apenas habría frutas sabrosas y la reproducción vegetal sería mucho menor.

Ya he mencionado el siguiente aspecto: el sufrimiento que causes se convertirá también, por sus efectos, en experiencia propia. Solo así, mediante una comprensión completa, llegará el día en que no haya sufrimiento en la Tierra.

Como consuelo: lo mismo sucede con la alegría y la felicidad que das a otros seres. Todo vuelve a ti.

Lo menos frecuente es un espíritu que desea deliberadamente nacer en un ser profundamente imperfecto, por ejemplo, para experimentar qué significa vivir con una discapacidad y depender de ayuda.

Por esa misma razón, durante una vida el espíritu puede atraer deliberadamente cualquier enfermedad al cuerpo para vivir esa experiencia o señalarte a tiempo una conducta extremadamente perjudicial, como fumar, beber alcohol o moverte demasiado poco.

Existe, además, el fenómeno del sacrificio. Un espíritu ayuda a otro a vivir una experiencia conforme a su deseo o a su camino. Así, un niño puede morir porque el espíritu de su madre o de su padre «quería» experimentar una pérdida dolorosa para comprender, a través de ella, el valor de la vida.

Todo ello puede suceder a lo largo de varias generaciones, en cualquier combinación, variante, relación mutua y dirección imaginables.

Lo que llamarías una muerte natural por vejez sucede casi siempre porque el espíritu ha alcanzado el mayor grado de experiencia y comprensión posible dentro del ser que entonces muere.

El espíritu desea seguir experimentándose con mayor profundidad y pronto se encuentra en un nuevo ser. Ha comenzado tu siguiente ciclo de vida.

Conoces la escena: enseñas orgulloso a tu abuelo tu teléfono de última generación y él responde: «¡Déjame en paz con esos trastos modernos! ¡No los necesito!». A eso me refiero exactamente.

Te oigo decir: «¡Esto es terrible, espantoso e insoportable! ¿Cómo puedes permitir tanto sufrimiento?».

Y yo digo:

«Detente y mira a tu alrededor, viajero apresurado. Estás donde siempre has querido estar: ¡en una vida en libertad!».

Hablando en serio: la responsabilidad de tu sufrimiento es tuya, no mía. Recuerda que tienes una naturaleza propia, pero eres espíritu. «Solo» te experimentas a través de esa naturaleza.

No te preocupes. Tu experiencia y tu comprensión ya están bastante avanzadas; de lo contrario, habrías dejado este texto hace mucho y no habrías llegado hasta aquí.

Te has planteado la pregunta decisiva: ¿por qué es así mi mundo? ¿Por qué no puede ser diferente? Eso demuestra que sientes por los demás y comprendes sus experiencias. Todo ello se apoya en lo que tú mismo has vivido y en la comprensión que te ha aportado.

Has recorrido un largo camino. A partir de ahora prestarás atención a todo lo que está dentro de ti, contigo y a tu alrededor, para que el mundo llegue a ser el lugar que más deseas.

Las religiones

Siempre he «hablado» con las personas cuando ha sido posible y lo han querido.

No pienses que las he elegido arbitrariamente: «Con esta persona hablaré; con aquella, no». Que no recibas nada no significa que nadie esté emitiendo. Lo decisivo es sintonizar la frecuencia adecuada.

En tu caso importa el alcance de tu conciencia: el desarrollo global de tu ser, tu capacidad de empatía y la suma de todo lo que has vivido, experimentado, reconocido y comprendido. Y, por supuesto, también es imprescindible tu consentimiento.

Para los seres humanos solo existe, en un primer momento, una verdad que cada cual acepta como válida: la suya.

Igual que puedes chocar diez veces contra una pared antes de advertir la puerta, puedes creer lo que quieras. Dicho de otro modo: solo puedo compartir mi verdad con quien deja de contarme la suya y después pregunta sin dar ya las respuestas.

Muchas personas con las que hablé quisieron después ayudar a otras en su camino y reducir su sufrimiento explicándoles cómo se relacionan las cosas. Ahora sabes lo difícil que resulta: recuerda la nieve.

Así surgieron, por ejemplo, los Diez Mandamientos. Ignorar la naturaleza de un ser se convirtió en «pecado», y el deseo o la tentación, en «el diablo». O piensa en lo que ya sabes: «Yo no estoy contigo; tú estás hecho de mí y estás en mí». Así me convertí en el Padre.

La naturaleza del alcohol entra en conflicto con la tuya de varias maneras. Conoces religiones que prohíben beberlo.

Lo mismo sucede con la carne: sin refrigeración se estropea demasiado deprisa, y por eso hacen falta normas.

En el desierto, sin agua para lavarse y con cuarenta grados a la sombra, un prepucio puede llegar a oler muy mal; por eso sería preferible estar circuncidado.

Tampoco podían decir sin más: «Hablo con Dios». Hace falta mucho valor para hacerlo. Y así apareció una zarza ardiente desde la que, supuestamente, yo hablaba.

Uno de aquellos con quienes hablé, al que hoy llamas Jesús, no dejó nada sin intentar. Con sus propias palabras, adaptadas al espíritu de su tiempo, trató de explicar a las personas las razones de su sufrimiento. Pero la mayoría siguió sin comprender. Su valor era absoluto. Dicho de otro modo, confiaba verdaderamente en mí por completo.

Las religiones también son creaciones vuestras, cuyas naturalezas se adaptan al espíritu de cada época. Por el ejemplo del dinero ya sabes en qué pueden convertirse. Gran parte del esplendor eclesiástico nació del amor al poder.

«Si tú los mantienes ignorantes, nosotros los mantendremos pobres», le dijo una vez un rey a su papa.

Muchos reconocen la verdad y aun así cuentan falsedades a los demás por miedo a perder riqueza, influencia y privilegios. ¿Qué sería de ese «trasero bien alimentado» si tuviera que prescindir de su mullido cojín?

Si solo escuchas las enseñanzas ajenas, eres como un reloj que únicamente conoce la hora por otro reloj.

¿Quién es más necio: el necio o quien lo sigue?

Créeme: si quisiera que siguieras una religión concreta, solo habría una, ¡la mía!

¿Por qué las personas no ven la verdad?

Imagina una habitación amueblada a tu gusto. Te sientes seguro y protegido, y duermes profundamente. Todo parece estar en orden en tu mundo.

Hasta que un día descubres una araña mortalmente venenosa que comparte la habitación contigo, justo cuando desaparece bajo tu cama. Desde ese momento, cada picor, roce o ruido diminuto te acerca al pánico. ¡Ojalá no la hubieras visto!

Lo mismo ocurre con la verdad dentro de tu realidad. A menudo resulta sencillamente insoportable, y por eso no la buscas: tu mundo tiene que seguir en orden. Solo así, te parece, puedes tomar cada día decisiones serenas, meditadas y racionales sobre tu vida.

Pero, en realidad, organizas tu vida alrededor del miedo. Presa del pánico, no consideras que la araña siempre estuvo en la habitación, «amenazando» una vida que, sin embargo, ha continuado hasta hoy. ¿Por qué no relajarte y dejar que la araña sea una araña? No puedes, porque el miedo te domina.

Imagina ahora que pides ayuda: «Hay una araña venenosa en mi habitación. ¡Por favor, atrapadla!». Nadie te cree. «¿De dónde iba a salir de repente una araña venenosa? ¡Qué tontería!». Intentan convencerte, porque su mundo también tiene que seguir en orden.

Si no renuncias a tu verdad, simplemente te toman por loco. ¡Lo que no debe existir no puede existir! Su mundo es hermoso, y así debe seguir.

Lo que agrada a las personas determina lo que están dispuestas a aceptar como verdad. Viven como niños en un mundo tranquilizador que ellas mismas han imaginado.

Sin embargo, lo que de verdad te da tranquilidad es todo aquello que puedes afrontar con seguridad porque comprendes su naturaleza y las relaciones que se derivan de ella.

Quien quiera ver y experimentar la verdad debe, por tanto, investigar primero la causa de su propio miedo.

Para terminar

Este texto no pretende explicarlo todo. Una explicación así no cabría en ningún libro: se alzaría hasta el cielo, mucho más allá de la luna. Ningún ser humano tendría tiempo suficiente para leerla.

Y, si ahora quieres hacer mil preguntas, ten una certeza:

«No te ayudaré sin que me lo pidas, porque solo tu petición me permite hacerlo: de mí has recibido tu libre albedrío».

«No esperes, por tanto, recibir todo lo que deseas. Confía, en cambio, en que te ayudaré cuando me lo pidas».

Volverás a ver, cuando llegue el momento, a todos aquellos a quienes añoras dolorosamente. Entonces lo comprenderás TODO.

Casi lo olvido al final: el mayor regalo que puedes hacerte es lo que llamas paz.

Mi naturaleza es el amor, y mi espíritu es la vida misma. En ese sentido te amo incondicionalmente, ahora y por toda la eternidad.

Así, para ti soy lo que tu corazón desee:

Dios, Alá, Yahvé, Jehová, Manitú, Zeus, XXXXX y, finalmente, si así lo quieres, también tu padre.

UNA VEZ LE PREGUNTÉ A DIOS:

«¿POR QUÉ SOY DIGNO DE HABLAR CONTIGO?».

Y RECIBÍ ESTA RESPUESTA:

«¡PORQUE NADA ES MENOS QUE SU ORIGEN!».

Carta de Navidad a mi padre, gravemente enfermo

Querido papá:

Esta Navidad es la cuadragésima segunda que puedo celebrar contigo. Admito que apenas recuerdo las diez primeras. Pero la mayoría sigue viva en mi memoria, porque cada una fue especial a su manera.

Tardé mucho en comprender lo que realmente significa la Navidad. Sabes que veo las cosas desde otra perspectiva.

Siempre me han molestado la presión de consumir y la amabilidad artificial de estas fechas. Eso de estar alegre y feliz como si se pulsara un botón nunca ha sido lo mío.

En Navidad celebramos el nacimiento de Jesucristo y, en su recuerdo, alegramos el corazón de nuestros seres queridos con regalos.

Jesús nos dejó un mensaje. Quería que todo lo que hacía nos ayudara a comprender lo que realmente significa el amor de Dios por nosotros. Incluso en la hora de su muerte rezó: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Pero los seres humanos solemos comprender solo lo que hemos experimentado por nosotros mismos.

Tú también, querido papá, naciste un día. Con cada jornada fueron creciendo en ti deseos y sueños que llenaron tu vida. Conociste a mamá, os enamorasteis y, en ese amor, nos concebisteis a mí, a mi hermano y a mi hermana.

Por muchas alegrías que te diéramos, también te causamos una y otra vez penas, dolor y preocupaciones. Dejaste de lado muchos deseos y sueños por nosotros, pero tu amor nunca flaqueó.

Siempre has sido un ejemplo para mí: fuerte, inteligente, con sentido del humor, exitoso, paciente y capaz de saberlo todo. Me comparaba contigo y quería ser como tú. Pero no lo soy, porque tú eres mi padre y yo soy tu hijo.

Viví deprisa y con intensidad. Todo lo que he hecho y experimentado, cada alegría y cada caída, cada emoción, probablemente llenaría ochenta años. Todo fue posible porque sabía:

Si perdía el rumbo, tú me recogerías, porque me amas.

Cada Navidad me preguntabas qué deseaba y siempre me lo concedías. Este año, querido papá, solo tengo un deseo: que te recuperes y me dejes seguir siendo lo que tanto me gusta ser, tu hijo.

Me amas sin condiciones, y yo te amo de la misma manera.

Algún día llegará el momento: volverás a casa y yo me quedaré solo. Entonces asumiré ese dolor sabiendo que me esperas allí, porque siempre seré tu hijo.

Pero, al menos, no este año ni el próximo. Ahora quiero ser para ti lo que tú siempre has sido para mí: un puerto seguro, ¡un faro que orienta en la oscuridad!

Nos amas tal como somos, sin condiciones ni reservas, con todos nuestros errores y debilidades, sencillamente porque somos tus hijos.

Hoy comprendo que así ama Dios a su creación. Él es un puerto seguro, y ese es realmente el corazón de la Navidad.

Una celebración del amor incondicional, ¡un recordatorio de la luz eterna!

Con todo mi amor, y deseándote una feliz Navidad,

tu hijo

DE NIÑO QUERÍA CRECER Y SER INDEPENDIENTE CUANTO ANTES.

HOY ME GUSTARÍA VOLVER A SER JOVEN Y LIBRE.

El testamento de Jesús

El pastor protege a su rebaño únicamente porque este le proporciona el pan de cada día. Bajo su protección, las ovejas entregan su lana en cautividad. Si alguna escapa, el perro sale enseguida tras ella y la obliga a volver.

Así ocurre hasta que una oveja se debilita tanto que ya no puede seguir a las demás. Esa misma tarde será sacrificada.

De la misma manera protege cada rey a su pueblo. El pueblo lo alimenta y le da libertad para hacer cuanto le

place. Él se sitúa por encima, y ellos confunden su gran poder con la gloria.

Siempre hay personas dóciles que quieren brillar al reflejo de su esplendor. Pero la corona adorna otra cabeza, y saben que todos sus privilegios dependen de ella. Nunca faltan quienes ejecutan gustosamente su poder. Todos pagan su diezmo para sostener la magnificencia real.

Viven en beneficio de un solo hombre, sometidos y cautivos en común.

Cuando la edad o la enfermedad les impiden ganarse el pan, no pueden esperar misericordia. En la hora de su debilidad, todos muestran su verdadero rostro. Deben vivir humillados, mendigando entre otros que comparten su destino y aun así los miran con desprecio por su pobreza.

Me instan a tomar la espada y matar a todos los tiranos. He hablado durante tantas lunas y, sin embargo, casi nadie que me escuchó comprendió el núcleo de mis palabras. ¡Siguen dejándose tomar como rehenes por el miedo!

Lo repito: no paséis los días preocupados por la comida o el vestido de mañana. Preocupaos, en cambio, por vuestro prójimo más cercano y procurad que tenga todo lo necesario para su bienestar.

Así, vuestro ejemplo se convierte en una luz para el mundo.

Con el tiempo, otros comprenderán y seguirán vuestro ejemplo. Entre una docena de personas habrá alguna que

lleve vuestro bienestar en el corazón. Nunca más tendréis que angustiaros por el pan cotidiano: todos trabajarán con alegría y disfrutarán de lo que hacen. Nadie tendrá que servir a un gobernante ni a los codiciosos e injustos.

Sí, sé que el precio es alto y el sacrificio grande para quienes primero pongan en práctica estas palabras. El rey y sus fieles seguidores son fuertes. Se aferrarán al poder con fiereza, sin querer perder nada, y menos aún sus mullidos cojines.

Por mi propia voluntad digo: si alguien me golpea una mejilla para obligarme a renunciar a lo que soy en mi corazón, le ofreceré también la otra, ¡aunque me torture o me dé muerte!

Acepto gustosamente ese sacrificio, porque sé con certeza que algún día comprenderán mis palabras. He visto el reino de mi Padre en el cielo y la luz brillante que, como en mí, arde eternamente en cada uno.

Mientras las personas amen el esplendor por encima de todo, habrá quienes tergiversen mis palabras para impedirles reconocer su luz interior y mantenerlas dependientes, en la oscuridad, al servicio del poder terrenal.

Sé crítico con quienes te alaban, valora a quienes te critican y ama sinceramente a quienes te aceptan en su corazón tal como realmente eres.

Cuando os reunáis en nombre de nuestro Padre para orar con él, evitad la palabrería vacía. Las palabras hermosas y las ceremonias en palacios magníficos no logran nada por

sí solas. Su luz brilla para todos, justos e injustos. Su corazón es incorruptible en todos los sentidos.

El origen del pecado está en la intención, no en el acto por sí mismo. ¡Con su intención, cada persona determina su propio destino!

Cuando os unáis en oración, presentaos tal como él os envió al mundo:

Libres de miedo, desnudos, sin vergüenza ni adornos. Y, sobre todo:

No llevéis ante él deseos ni expectativas en vuestros corazones. Entonces la luz eterna brillará en vosotros a lo largo de todos los caminos, ¡visible para todos!

La decisión de amar, y no el miedo al castigo, conduce al Paraíso. Me encontrarán de nuevo en la libertad, porque solo donde nadie necesita gobernar es el amor verdaderamente incondicional. ¡Si vis amari, ama!



El soldado mata, el verdugo ejecuta, los jueces castigan. Todos actúan por encargo de otro y, sin embargo, ¡cada uno es plenamente responsable de sus propios actos!

Con la misma medida con la que juzgues a otros serás juzgado tú.

Quien arrebata algo a otro por la fuerza pronto será también despojado, ¡aunque actúe por orden ajena!

El mal no puede vencerse con la espada. ¡Solo el corazón puede transformarlo en bien!

¿Por qué se llama «Geldschein»? ¡Porque «Scheingeld» sería demasiado evidente! [Juego de palabras alemán: Geldschein significa «billete», mientras que Scheingeld sugiere «dinero aparente» o «dinero ficticio».]

Tu verdad es aquello en lo que crees, pero ¡el conocimiento siempre se basa en la comprensión!

Quien venera lo terrenal no ve el conjunto de la existencia.

Quien alberga expectativas se desilusiona; quien reconoce la ilusión ve la verdad.

Fuiste creado por el espíritu puro, a partir del agua.

El reino de Dios está dentro de ti. Levanta una piedra y me encontrarás; parte un trozo de madera y allí estaré. Pero nunca me experimentarás verdaderamente entre los muros de palacios magníficos.

Un viajero se encontró con Jesús y preguntó: «¿Qué debo hacer?». Él respondió: «Si deseas ser como yo porque sabes que somos iguales, te ayudaré. Si no, esperaré, porque algún día tú también te reconocerás».

La comprensión verdadera nace casi siempre de un error.

Dios no nos expulsó del Paraíso: ¡fuimos nosotros quienes expulsamos a Dios!



Adenda

Esforzarse constantemente por contemplarlo todo tal como realmente es puede resultar agotador y frustrante a largo plazo. Pero también es sumamente interesante, enriquecedor, esclarecedor y liberador.

¿Por qué tantas personas se alegran al recibir flores recién cortadas? No solo se marchitan en el jarrón: ¡están muriendo! ¿Por qué colocamos los regalos de Navidad para nuestros seres queridos bajo un árbol talado?

La bandera europea muestra doce pentagramas rellenos en forma de estrellas. Schiller escribió la letra de su himno, la «Oda a la alegría», como poema encargado por Christian Gottfried Körner para la mesa de la logia masónica «Zu den drei Schwertern», en Dresde. Esos mismos pentagramas aparecen en la bandera estadounidense junto a siete franjas rojas y seis blancas que representan los trece estados fundadores.

El edificio conectado más grande del mundo alberga el Departamento de Defensa de Estados Unidos. Su forma pentagonal dibuja el contorno que rodea un pentagrama.

El pentagrama es uno de los símbolos más extendidos. Aparece casi por todas partes: en banderas nacionales, equipos y uniformes militares, e incluso como adorno del árbol de Navidad.

Se dice que Jesús tuvo doce discípulos; el año tiene doce meses.

Sesenta segundos, sesenta minutos y doce horas: así medimos el tiempo. El eje del reloj, alrededor del cual giran las agujas, simboliza el número trece, el centro de toda existencia.

Dios creó el mundo en seis días y quiso descansar el séptimo. Hoy debes seguir ese ejemplo, semana tras semana.

Jesús los alimentó con cinco panes y dos peces; el año tiene cincuenta y dos semanas.

Se dice que murió a los treinta y tres años; cada treinta y tres años podemos ver la «luna de sangre» en el cielo.

Horus era el dios solar de Egipto y nació el 25 de diciembre de la virgen Isis. Una estrella en Oriente acompañó su nacimiento, seguida por tres «reyes», otras estrellas, que iban a llevar regalos al recién nacido. Más tarde tuvo doce discípulos que lo acompañaban constantemente. Curó enfermos, caminó sobre el agua y realizó otros prodigios. Tras ser traicionado por un adversario, fue crucificado y resucitó al tercer día.

Lo mismo puede leerse del dios Atis, así como de Krishna, Dioniso, Mitra y de innumerables dioses de todas las civilizaciones de nuestra historia.

¿Por qué existe tantas veces este mito de un redentor de la humanidad, en versiones casi idénticas?

En Oriente puedes observar Sirio, la estrella más brillante del cielo nocturno. El 24 de diciembre forma una línea con las tres estrellas más brillantes de Orión, los «tres reyes». Si prolongas esa línea el 25 de diciembre, señala el lugar donde el sol vuelve a salir después de permanecer «inmóvil» durante tres días, sin avanzar hacia el sur.

Lo que se describe aquí no es más que el solsticio de invierno y el de verano.

Los doce signos del zodiaco recorren el cielo a lo largo del año junto al sol, el decimotercero. En ello se basan mitológicamente casi todas las religiones. Junto al mar, al amanecer y al atardecer, puedes ver al sol caminar sobre el agua. Es nuestro gran dador de vida y sana a muchos enfermos.

El dinero sirve para gobernar el mundo:

Un día llegó a una aldea un hombre astuto y explicó lo fácil que sería poner fin a las disputas sobre el valor de los bienes intercambiados. Dijo:

«Doy a cada uno mil táleros. Por el trabajo de fabricar y administrar mi dinero, solo os cobraré un dos por ciento cada nuevo año». Aceptaron entusiasmados, y mil habitantes se sintieron ricos de repente.

Pasó un año. Algunos habían entregado todo su dinero a otros: unos se habían vuelto pobres y otros, muy ricos.

Pero, fueran ricos o pobres, todos debían al hombre astuto el dos por ciento del año anterior. Así que creó otros veinte mil táleros para quienes tenían la bolsa vacía. En pocos años se convirtió, con diferencia, en el más rico de todos y ejercía un poder absoluto sobre los demás.

¡A esto se le llama un sistema monetario basado en la deuda!

Nuestro dinero funciona hoy exactamente así. Si tienes mil euros en la cuenta, son sencillamente la deuda de otra persona. El interés compuesto hace crecer exponencialmente los saldos y, con ellos, las deudas. Estas nunca se saldan por completo: ¡se redistribuyen continuamente!

Schuld/Schulden, Glaube/Gläubiger, Erlös/Erlösung: culpa/deuda, fe/acreedor, ingresos/redención. ¿Reconoces el carácter religioso de esas palabras emparentadas en alemán? «Crédito» viene del latín credere, «creer». ¿A qué dios adoramos todos realmente hoy?

La mayoría de las personas rara vez muestra su verdadero rostro, su naturaleza real. Cambiamos de máscara según la situación, en beneficio propio o simplemente por miedo. Ese engaño necesario sirve a la convivencia cotidiana. Puede ser natural, útil y justificado, pero sigue siendo una mentira a la que llamamos cortesía.

Lo mismo sucede con cosas creadas para una finalidad concreta que transmiten un mensaje completamente distinto. Quienes fuman cierta marca de cigarrillos pueden imaginarse junto a una hoguera con amigos, comiendo alubias con beicon después de un día satisfactorio. En realidad, ese producto solo existe para que su creador gane dinero. Así ocurre con gran parte de lo que creamos. Lo decisivo siempre es el motivo.

La sociedad cambia continuamente y muchas personas se sienten desbordadas. Nada parece seguro durante mucho tiempo, y eso genera una profunda incertidumbre. Desde hace milenios, el individuo se repliega en su «caparazón» y solo piensa en sobrevivir. Esa actitud se extiende como un tumor por el mundo. El desconocido se convierte en un rival al que vencer. Eso es precisamente lo que pretende la clase dominante: ¡una persona aislada siempre es débil!

Lo que a la mayoría nos falta es volver a sentirnos arraigados. Si nos vemos constantemente como combatientes, acabamos olvidando lo que cada uno es en esencia: un ser inteligente e igual a los demás, con una necesidad profunda de relaciones sociales enriquecedoras. ¡Un ser humano!

Las palabras y los consejos ingeniosos, por sí solos, nunca han cambiado realmente nada. Lo decisivo es la experiencia propia.

¿Conoces un lugar donde casi nadie exhibe un Rolex ni un bolso Louis Vuitton, donde las personas se encuentran de igual a igual sin importar su clase o posición social, donde todo parece más colorido y se respira una paz serena? Puedes encontrarlo, por ejemplo, en una playa naturista.

Quien se comprende a sí mismo comprende mejor a los demás. No es casual que en alemán verstehen y Verständnis, comprender y comprensión hacia otros, estén estrechamente relacionados. Solemos temer lo desconocido porque no sabemos interpretarlo. No llevamos ropa solo para protegernos: muchas veces la llevamos sencillamente por miedo.

Quien organiza toda su vida alrededor del miedo no vive de verdad: sobrevive, dirigido por intereses ajenos. Pregúntate siempre, sobre todo ante antiguas tradiciones, acontecimientos mundiales o cualquier cosa que se presente como verdad: Cui bono? ¿A quién beneficia? ¿Quién demonios se aprovecha de tu miedo cotidiano?

Nos guste o no, la humanidad es un colectivo y ya reúne todos los talentos imaginables. Por eso colaborar tiene mucho más que sentido: beneficia directamente a cada persona. ¡También a TI!

Quien se miente constantemente y permite que otros lo engañen nunca es libre: sigue siendo esclavo ajeno. Suma todos los impuestos directos e indirectos, las tasas y los intereses que pagas a diario y pregúntate: ¿para quién

trabajas? ¿Tiene que seguir siendo así para siempre? ¡El esclavo más eficaz es quien se cree libre!

Para terminar, un pequeño experimento mental:

Todos los países, incluido el nuestro, poseen una riqueza inmensa en recursos naturales, tierras, inmuebles, carreteras, bosques, ríos y lagos. Su valor conjunto asciende a billones de euros.

Esa riqueza podría respaldar la moneda nacional y darle un valor real y existente. El Estado emitiría dinero a través de su propio banco, sin tener que pedirlo prestado a otros y, por tanto, sin intereses.

Cada vez que el trabajo, las ideas, las invenciones o el progreso crearan algo nuevo, también aumentaría el valor de la moneda nacional y surgiría más dinero.

Por ejemplo, construir una carretera crea nuevo valor y, con ello, nuevo dinero. El valor de esa carretera supera varias veces su coste de construcción. Cuando desaparece algo antiguo, como un puente deteriorado que se derriba, también desaparece su valor y disminuye la cantidad de dinero.

Así se crea un ciclo de nacimiento y desaparición siguiendo el ejemplo de la naturaleza. La economía ya no tiene que crecer al ritmo impuesto por una carga de intereses cada vez mayor, sino conforme a las necesidades naturales.

Solo un Estado que administra su propio dinero es soberano, ¡y también lo son sus ciudadanos!

¡Si quieres drenar una ciénaga, no preguntes a los cocodrilos!